



Relatos de seglares en tiempo de Pandemia



15 de mayo de 2020
Lina Rocío Cadena Pérez, OCDS

La mariposa azul

- Queridos amigos soy el narrador celestial y hoy tengo una maravillosa historia por contar. Sin tanta introducción, comencemos.

Se menciona que toda historia tiene un comienzo, y esta no es la excepción al caso. Este relato inicia su desarrollo en el bello paisaje boyacense; apreciación hecha por una mariposa azul, quien en estos últimos días ha anhelado su lugar de nacimiento, evoca la paz, el confort y la tranquilidad que le brindó en su momento, aquella tierra de ensueño.

El deseo ambicioso de esta mariposica joven era salir de su terruño para desarrollar aquellos dones dados por Dios. Aunque la mayoría de la colonia aspiraba quedarse con los más cercanos, pero de igual modo, así habitaban sus nichos y eran felices. Sin embargo, esta azulada mariposa quería algo más allá de estos campos, por eso su esfuerzo de años y años por lograr su sueño. A pesar de que, las cosas no se dieron o no se han dado en el instante, ella tiene la certeza, la convicción y la fe en las promesas de aquel creador quien la ha seducido a lo largo de su existir.

¿Están intrigados sobre la vida de esta mariposa? Pues nada, les invito a seguir leyendo palabra por palabra, letra por letra la historia, pero ahora desde su delicada intervención... Ahora no soy yo quien habla, es ella por medio de mí.

- Claro que sí narrador, déjame contarte que crecí en una familia católica tradicional pero

no practicante. Sin embargo, por medio de los movimientos pastorales de mi parroquia, en mi adolescencia conocí y tuve la fortuna de encontrarme con Cristo y sentir tan bella sensación de ser amada por Él. Así, poco a poco mi fe maduraba con las caídas y tropiezos, siento que Jesús siempre ha estado acompañándome de su mano.

Para ser más precisa, crecí en Sogamoso con la firme idea de ser una gran administradora financiera o empresaria en Cristo, con la convicción de que todos mis proyectos llevarán ese tinte evangélico. La verdad me sentía cómoda y pasiva en Boyacá, por tanto, sentía la necesidad de viajar a Medellín para adquirir los conocimientos necesarios para cumplir con mi sueño.

La decisión la acompañaba una serie de contradicciones por parte de la familia. Mi madre replicando a cada instante que no valía la pena estudiar y viajara tan lejos de su hogar. Ella consideraba que era la mejor opción, pero, para mí, no era la mejor. Así, pues, con sermones y contradicciones decidí viajar a tierras paisas por mi cuenta. Ya después por temas laborales resulté volando a Bogotá.

La ciudad me acogió poco a poco. Me permitió estudiar, trabajar y cumplir aquel anhelado originado en tierra boyacenses. Al parecer, en cuanto a mi nivel profesional, había llegado a mi culmen, había sobrevolado la cima. Pero no, ahora sigo revoloteando una

cima mucho más alta, más inspirado y más prometedora.

Mi experiencia se ha adornado de la compañía de una comunidad católica de profesionales que hicieron madurar mi fe y abrir la puerta de este nuevo paisaje. Ellos son ahora mi familia espiritual, quienes acompañan mi vida en soledad.

Sí, vivo sola. Pero una soledad llena de una paz; don que se ha vuelto mi mayor riqueza. E impregnada de la fuente de amor llamada Jesucristo. Por tanto, no hay posee ninguna turbación ante estos tiempos de pandemia, pero... sí me hace falta comulgar el cuerpo de Cristo.

Mi casa en Boyacá la visito cada cuarenta días, por lo mínimo. Es un periodo corto de visita que realizo, pero es la oportunidad perfecta para expresarles mi amor por ellos y el amor de Cristo en mi vida y en sus vidas. Siento la necesidad de hacer misión con las almas de mi familia para protegerlas del león rugiente que está al asecho para atacar (cf. 1Pe 5,8). Por ello, de esa paz que he adquirido en mi cotidianidad con Dios, siento el deber de depositarla toda en mis padres; vaciarme totalmente en ellos, porque sé que me volveré a llenar de Él.

Soy fiel seguidora de aquella palabra que dice que, si yo me salvo, mi familia también lo estará (cf. Hch 16,31). Cada uno pasa por un camino distinto en su encuentro de fe, por lo cual en cada Eucaristía siempre están presentes, los amo mucho y aunque no comparto su forma de vivir, en la diferencia intento ser testimonio en la familia que Dios me ha regalado.

Siento que esta realidad me ha frenado económicamente y que los planes a corto plazo tardarán un poco más, pero la verdad me llena de esperanza y paz, la confianza en el Dios que nos ama. Creo que como

mariposa no podre revolotear y conquistar otras cimas que quería alcanzar. Por ahora, pero con o sin lugares que recorrer, le alabaré hasta el final de mis días a mi amado Jesús.

En cuanto a este tiempo de pandemia. Ha servido para adelantar cosas que tenía aplazadas. También para ver la providencia de Dios en mi vida y en algunas almas cercanas a mí, por las cuales he orado. El Señor como buen padre nos ha protegido a todos... Esto te cuento, querido narrador.

- Gracias mariposa azul por recordarme el valor de soñar y creer en los sueños. La historia ha tenido un comienzo y un mil de aventuras, pero queda en un "continuará...". Quisiera regalarte un consejo: sé que la historia continua con mil dudas, pero lo más seguro y certero es el deseo perpetuo de Dios de querer que su mariposa sonría por donde pase; sonrisa dada para que alegres almas.

Bueno... como toda historia, "colorin colorado esta historia aún no ha terminado".

De mi parte, un abrazo fuerte y el deseo ansioso de seguirles narrando más de este relato, o quizá de otro. Porque recuerden amigos que cada vida es un itinerario valioso digna de ser narrada, y esta a la vez de ser testimonio de santidad para los lectores.